

PSICOSOCIOLOGÍA DE "UN PAÍS RICO": ARGENTINA 2002

ANGEL RODRÍGUEZ KAUTH

Facultad de Ciencias Humanas. Universidad de San Luis, Argentina.

Resumen

En el informe se hace un repaso acerca de la mitología -de orden omnipotente- que envuelve a la ciudadanía argentina entre sus vapores de soberbia. Se intenta desmitificar tanto la creencia de que es un país rico, como la de que «somos los mejores del mundo», para así poder interpretar desde la Psicología Social la profunda crisis social, económica y política que envuelve al país a comienzos del tercer milenio.

Palabras clave: Riqueza, pobreza, soberbia, mitos.

Abstract

A description of the mythology -of omnipotent order- covering Argentina's citizens with its arrogance is provided. Believing that the country is rich and that «we are the best of the world» are two of the myths to be forsaken. It is contended that a sociopsychological approach to this issue may help to understand the reasons of the deep social, economical, and political crisis affecting the country at the beginning of the third millenium.

Key words: richness, poverty, arrogance, myth.

*Paciencia tengo,
lo que no tengo es tiempo.
A. Camus*

INTRODUCCIÓN

Es preciso hacer la salvedad que me resulta poco grato escribir acerca de los «caracteres nacionales», el «ser nacional» (Kardiner, 1945) o la «identidad cultural» -cualquiera sea la forma de denominarla- con relación de los pobladores de algún país o región en particular. Este rechazo visceral no es casual, obedece a que tales reducciones -siempre de raíz emocional- por generalización de cualquier universo humano que se trate, suele venir asociado con algún dejo de racismo -o clasismo, que se esconde tras aquel (Rodríguez Kauth, 1997)- que imposibilita una visión amplia y desprejuiciada sobre la complejidad de la «condición humana» (Arendt, 1988). No me llamo a engaño y conozco los riegos de la empresa en la cual me estoy introduciendo pero, luego de 60 años de vivir en un mismo lugar, creo estar en condiciones de hacer algunas generalizaciones relativas -sobre las que algunos tenemos la suerte de escapar a los parámetros que presentaré- acerca de mis connacionales y, esto, sin necesidad de hacer «estudio de la cultura a distancia» (Mead y Metraux, 1953).

Tampoco es azaroso que me haya lanzado a esta aventura del intelecto, ello obedece pura y exclusivamente a la necesidad de intentar interpretar una de las tantas variables que han dado lugar que en la actualidad -marzo 2002- se haya producido el fenómeno que debemos transitar la crisis social, política y económica más aguda de nuestra historia, la cual pareciera no augurar un final promisorio ya que, como bien los señalara Séneca «*Para el navegante que no sabe adónde va, nunca hay vientos favorables*». Un profundo hiato ha separado a la Argentina del resto del mundo y no es que el resto se haya asilado o esté siendo parte de un complot contra el país, sino que Argentina se separó gracias a las políticas económicas corruptas que llevaron al país al estado de desastre en que se encuentra. Hoy estamos en cesación de pagos internacionales y, lo que es peor, con una deuda interna para con la población que no se puede saldar merced al círculo vicioso de no tener crédito externo que facilite el despegue económico y el desarrollo social sustentable que merece la dignidad de cualquier persona, donde sea que habite.

LEYENDAS Y MITOS

Los argentinos somos un extraño espécimen humano -aunque hay quienes dudan que seamos humanos, pero posiblemente en extinción- que, como todos sus supuestos congéneres, con frecuencia nos movemos sostenidos por la presencia de leyendas o mitos populares que alcanzan a recorrer a todas las capas sociales de la comunidad que habita en su territorio, ya sea que ésta viva en el país o haya optado por la huida silenciosa -en lo poco que va del milenio más vocinglera que discreta- hacia el exterior, donde normalmente se sigue manejando con aquellos. Argentina es un país muy joven en la historia de la humanidad -recién está por cumplir los 200 años de existencia- y por eso no puede darse el lujo de tener una mitología propia al estilo de la clásica pero, pese a ello la circulación por el imaginario colectivo de creencias sin fundamentación, como son las leyendas y consignas asumidas como verdaderas motorizan buena parte de nuestros pensamientos, sentimientos y, por consiguiente, de las conductas habituales. En todo caso, desde una antropología cultural aplicada a los pueblos de constitución relativamente reciente, es posible e interesante tratar de los mitos fundacionales en relación con estos «sentipensamientos», como gusta de llamarlos el poeta y ensayista uruguayo E. Galeano.

La diferencia entre los mitos recientes que acompañan a un pueblo y los tradicionales de la mitología clásica estriba, en el decir de Nimmo y Combs (1980), en que los primeros deben tener una base de sustentación que los haga creíbles para un pensamiento que haya trascendido y evolucionado sobre los estadios del pensamiento primitivo. Es decir, han de gozar de credibilidad generalizada a la vez que ser comprensibles, ya que se apoyan en hechos fácticos asequibles para su constatación en literatura que se encuentre fácilmente y de profunda divulgación en diversos medios. Los mitos contemporáneos, al consolidarse, son de difícil cuestionamiento ya que hacen al proceso de identidad grupal o social de los miembros de una comunidad nacional. En este punto prefiero no hablar de «identidad nacional» dadas las implicancias ideológicas perversas derivadas de la asociación de tal concepto con criterios racistas (Rodríguez Kauth, 2001). Es preferible, para evitar caer en aquel dislate, referirse a la «identidad cultural» de los pueblos (Rodríguez Kauth, 2002).

Pues bien, tales mitos fundacionales sirven de base para la creación de un imaginario colectivo que los necesita a fin de tener elementos que le sean útiles para creer en la existencia de un principio y de un fin, precisamente por la condición de seres finitos de sus miembros (Rodríguez Kauth, 2001b), que los utilizan del mismo modo que se lo hace con la construcción de dioses o divinidades, vale decir, le son necesarios para así comprender una realidad que el raciocinio no alcanza a tener la capacidad de explicar.

En puridad, como señalan D'Adamo y García Beaudoux (1995), en Argentina es difícil encontrar un mito fundacional claro y preciso, como ha ocurrido con otros pueblos de 'nuestra' América,

ya que nuestra historia ha sido la de marchas y contramarchas en una u otra dirección para la constitución -aún no definitiva- del país como Nación; es por eso que actualmente a los mitos fundacionales recién se los puede encontrar con el arribo de las grandes corrientes inmigratorias -que fundamentalmente llegaban de Europa huyendo de la hambruna o de las persecuciones políticas y sociales- que debieron resolver el proceso de disonancia cognitiva (Festinger, 1957) producido por haber emprendido un largo y peligroso éxodo desde sus lugares de origen hacia lo desconocido. Y así fue como surgió el mito -al que considero fundacional- de que Argentina es un territorio rico, el cual era una creencia de fácil construcción y útil para satisfacer la demanda emocional y racional que justificase el emprendimiento realizado.

Así es como entiendo que apareció aquella creencia sin fundamentación de que somos un país intrínsecamente rico, además de otras que hacen a la soberbia, como la que nos ha hecho creer que «somos los mejores del mundo» -que en el decir de Camilo J. Cela implica que «*El nacionalismo es creer que el lugar donde uno ha nacido es el mejor del mundo*»- y que nos han convertido en seres -u objetos- poco aceptados e, incluso, hasta rechazados por otros habitantes del mundo que desconfían de nosotros por nuestra fanfarronería. No obstante, sobre esta última cualidad suele darse una confusión generalizada: se confunde a todos los argentinos con el porteño, el oriundo de la región de Buenos Aires, que es quien suele tener tal característica.

Para sostener la primera de aquellas creencias, que es la que nos interesa desmitificar con este escrito, aunque no desdeñaremos la segunda que está ineluctablemente unida a la de la riqueza, partimos de la premisa cierta de que la naturaleza ha sido pródiga con el territorio donde hemos nacido y la cual está avalada por el reconocimiento afirmativo y compartido de la mayor parte de los extranjeros que conocen al país o han tenido noticias de él.

El mito de la riqueza

Es verdad, si se observa a la Argentina desde una ingenua lectura hecha por la geografía física, no puede menos que reconocerse que se trata de un territorio inmensamente rico en cuanto a sus recursos potenciales de orden «natural». Posee enormes extensiones de tierras ubérrimas -como las de la pampa húmeda, la cual no presenta mayores accidentes geológicos que dificulten su cultivo- debiéndose considerar que la misma es una llanura con suaves oscilaciones que a lo ancho de centenares de kilómetros desciende desde los 600 metros hasta el nivel del mar. En ella el alimento -en bruto- se reproduce casi se puede decir que por generación espontánea y sin mayor esfuerzo humano, este fenómeno ocurre debido a la calidad de las tierras y a un régimen climático que orilla los parámetros ideales. Los animales que se crían a campo abierto en nuestras pasturas, representan, tal vez, la mejor y más sabrosa carne del mundo, capaz de satisfacer las demandas de los paladares más exigentes.

Por lo que se refiere a las riquezas minerales, la larga extensión de la Cordillera de los Andes de unos 3000 kilómetros de longitud -y que, a pesar de que algunos dicen que nos sirve de límite natural con Chile, bien podría, según la metáfora anarquista del Archipiélago, ser entendida como un punto de unión o de encuentro con nuestros vecinos trasandinos- provee la mayor parte de los minerales necesarios para ser utilizados por la industria. Al respecto, vale hacer notar que no dejamos de destacar que en dicha Cordillera está el Aconcagua, el cerro más alto del mundo occidental, como si esto fuera la obra titánica de algún ingeniero argentino. Algo semejante ocurre con el famoso Río de la Plata -que se forma por la confluencia de los ríos Paraná y Uruguay, que a su vez nacen en el sistema de las cataratas del Iguazú- en el estuario de Buenos Aires, el cual nos hace enorgullecer de poseer el río más ancho del mundo, para lo cual vale leerlo con el mismo criterio que el del Aconcagua. Junto al aporte de los minerales, las reservas en hidrocarburos son incalculables, tanto en petróleo, gas, uranio y otros minerales utilizados por la industria.

Esta capacidad natural de tan excepcional territorio se encuentra sostenida en la presencia de un sistema acuífero excepcional por el cual caudalosos ríos riegan naturalmente la región central y litoral a partir de las aguas de deshielo que bajan de los Andes, como asimismo de pequeñas regiones montañosas que se nutren de la lluvia. Muchos de ellos desembocan en lagos o lagunas y el resto lo hace luego de un largo recorrido, en el que reciben el aporte de pequeños afluentes, sobre la extendida costa marítima de más de 2000 kilómetros que baja en pendiente de norte a sur y cuya capacidad de producción hidroeléctrica es potencialmente descomunal, aunque no es aprovechada en modo alguno con obras de infraestructura en tal sentido que bien podrían servir para el desarrollo industrial -y de la población- del litoral marítimo patagónico.

En cuanto al régimen climático, por su diversificación, favorece un régimen de precipitaciones fluviales óptimo para las necesidades económicas de cada región del país. Por ello la flora y la fauna autóctonas están ampliamente distribuidas, por lo que se cuenta -además de los pastizales naturales- con una amplia gama de recursos arbóreos, en tanto que la fauna es diversa y mucha de ella es rica en pieles, cueros y carnes comestibles. A su vez, la presencia ictícola se hace notar no solamente en los ríos y lagos, sino también en la extendida costa marítima y en la plataforma continental, la cual ante la pasividad de las autoridades gubernamentales está siendo depredada por grandes barcos factorías que acuden a la misma para pescar los más diversos productos de la fauna ictícola, muchos de ellos en vías de extinción gracias a la pesca y caza indiscriminada que realizan los buques balleneros y pescadores.

La tierra -o los suelos, como gustan de llamarle los geólogos (Lacreu, 1990)- es, en la región pampeana, de una calidad excepcional; ya que se encuentra no solamente libre de piedras y arbustos sino que presenta una composición ideal de arcilla, arena fina y lodo, todo lo cual forma una gruesa capa de humus que es ideal para cualquier sembradío. Otras regiones, ya sean más húmedas o rocosas, se prestan favorablemente para la cría de ganado y el plantío de frutales, hortalizas y árboles madereros.

El mito del capital humano

La densidad poblacional es aproximadamente de 13 habitantes por kilómetro cuadrado, aunque la mayoría de la población -el 85% de los 37 millones de habitantes estimados- tiende a concentrarse en los grandes centros urbanos. Existen sólo pequeños núcleos de nativos que sobrevivieron a las matanzas «contra el indio», realizadas en la segunda mitad del Siglo XIX, sobre todo a instancias del General Julio A. Roca, que los veía como un peligro para la colonización de la región pampeana y cuyas tierras -extraña casualidad de los botines de guerra- fueron repartidas de modo diferencial entre las tropas que formaron su Ejército genocida, tal distribución se hizo siguiendo el criterio del rango militar de cada uno de los favorecidos, muchos de los cuales hoy conforman la llamada «oligarquía vacuna».

La concentración humana en los grandes centros urbanos no es casual, sino que obedece a una tradicional política exportadora de granos y carnes que tuvo el país durante largo tiempo, lo que favoreció la acumulación de su presencia en las regiones del litoral marítimo y fluvial. Más aún, la masiva inmigración europea y árabe que llegó al territorio con la intención de «hacerse la América», en principio lo hizo para dirigirse al interior, sin embargo, viendo la realidad de la distribución demográfica y las oportunidades que se les presentaban en las regiones litorales, prefirieron afincarse en ellas, estructurando lo que se conoce como un país portuario. Si se observa la red ferroviaria -construida por los británicos durante el Siglo XIX -la cual ha sido desmantelada por el proceso privatizador puesto en práctica durante el gobierno de Carlos Menem (1989-1999)- se podrá ver que todas las vías férreas conducen desde las más remotas partes del territorio sobre la Capital de la Nación, en donde se encuentra el puerto de mayor actividad exportadora-importadora y que a la vez ha generado una suerte de eje constituido por las ciudades de Bahía Blanca, Mar del Plata, La Plata y Rosario.

Todo esto, y mucho más que no es necesario detallar aquí, hace que -paradójicamente- se sustente una creencia generalizada con aparente fundamentación, aunque en realidad no la tiene, cual es la de que la Argentina es un país rico.

Los mitos desde una perspectiva histórica

Esta creencia viene de arrastre, cuando la Argentina ocupaba uno de los primeros diez lugares en el orden de la distribución de la riqueza mundial, a principios del Siglo XX. Y no era falso, simplemente que los parámetros de riqueza o pobreza con que se medía a los países eran otros -que mayormente no tomaban en cuenta los indicadores de bienestar social de la población o la calidad de vida- los que hacían hincapié en los saldos favorables de la balanza comercial exportadora-importadora a partir de los índices de, por ejemplo, la cantidad -y la calidad- de los granos y de las carnes producidos en un período anual, sin tener en una consideración destacada la actividad realizada en la productividad industrial que -en nuestro caso- quedaba minimizada por la primera.

Entretanto, el planeta fue evolucionado rápidamente en dirección hacia procesos de alta industrialización, en tanto que Argentina -tras un proceso incipiente de crecimiento industrial de tipo manufacturero y, más tarde, en las décadas del '40 hasta los inicios de la de los '60 con el acento puesto en la industria pesada- entró en una situación de involución comparativa con el resto de los países que integraban aquel selecto y privilegiado grupo de los diez primeros. Dicho proceso involutivo fue el resultado de pésimas administraciones gubernamentales que prefirieron poner la política al servicio de los intereses espurios de los gobernantes de turno, en lugar de hacer de la política una actividad de servicio con el objetivo de satisfacer las legítimas demandas del pueblo.

Un territorio sin la presencia de las personas es una suerte de entelequia, no tiene valor económico alguno cuando no cuenta con la existencia de individuos capaces de hacer una explotación seria, concienzuda -en cuanto al respeto de la distribución ecológica- y capaz de sacar de la tierra todos aquellos que le son útiles para las necesidades de quienes lo habitan. Y, en Argentina eso es lo que falta, es decir, el par dialéctico de la naturaleza, cual es la cultura. Ella no entendida como sinónimo de educación, sino con el criterio antropológico de la presencia de un sistema de valores sólido que apunte a la construcción de una Nación. Esto es lo que facilitará la posibilidad de pensar y actuar en consonancia para lograr el «bien común», consigna que con cánticos vocingleros es declamada desde cualquier dirigencia -hasta la de los clubs barriales- pero muy poco respetada en los hechos de la cotidianeidad por los gobernantes y los habitantes.

EDUCACIÓN Y CULTURA

Ha habido en nuestro país una tendencia a confundir con educación. Se nos llena la boca con palabras elogiosas hacia algunos de los resultados de un sistema educativo decadente y perimido que, sin embargo, ha tenido la virtud de producir no pocos jóvenes profesionales, científicos y pensadores argentinos que triunfan en el exterior y que en más de una ocasión son tentados -con buenos salarios y mejores condiciones de infraestructura de trabajo- a llevar sus conocimientos y prácticas fuera de las fronteras del país.

En la realidad, nuestro sistema educativo es a todas luces deficitario, tanto en el nivel primario, secundario, terciario como universitario. Ambas afirmaciones pueden aparecer como contradictorias entre sí, pero no lo son, ya que los brillantes jóvenes que toman el camino de la salida laboral al exterior no son más que *raras avis* que se producen por su propia iniciativa y no por un sistema que adolece de decenas de falencias.

Por lo que se refiere a los niveles primario y secundario, hace años que no se cumple con el total de días previstos de clases por huelgas docentes resultado de las pésimas negociaciones

que se realizan entre los sindicatos que los agrupan y el gobierno, las que redundan en las consabidas huelgas y en la mala calidad educativa, ya que los docentes se preocupan más por la actividad gremial que por atender a sus alumnos. Es, precisamente, en la escuela primaria donde se inicia el proceso de exclusión social, debido a la calidad diferencial de la enseñanza según sea la escuela a la que se asista. La escuela secundaria, por su parte, y salvo honrosas excepciones, no es más que un «jardín de púberes y adolescentes» en los que se les mantiene recluidos durante algunas horas del día y en la que la enseñanza es lo que menos importa. Los egresados de la escuela media suelen fracasar en sus intentos de ingresar en a la Universidad -aunque, en general, ésta tenga un sistema de ingreso irrestrictivo- ya que cuando se le aplican «pruebas de ingreso», como es en medicina los rechazados llegan a la cifra record del 90%; además que los que ingresan a otras carreras literalmente no saben leer -por las falencias que arrastran en la comprensión de textos- a la par que el desgranamiento de alumnos a lo largo de una cohorte también alcanzan en muchos casos a más del 90%

La Universidad está inmersa en la lucha política intestina que trae como rémora los fundamentos de una octogenaria Reforma Universitaria, la que en su momento fue imprescindible para el avance de la institución y del conocimiento, aunque en la actualidad esté totalmente desfasada de la realidad, a la vez que no ha quedado al margen de los enfrentamientos políticos partidarios (Falcón y Rodríguez Kauth, 2001). Obvio es que todo ello haya servido para que el ex Presidente Raúl Alfonsín definiera peyorativamente a las universidades como «enseñaderos», en los que los alumnos egresan más por la inercia de la constancia que por auténtica capacitación.

La educación no ha encontrado en Argentina el camino que la conduzca al espacio de la cultura, entendida ésta como una forma de adquisición de valores y guías éticas o morales; en el mejor de los casos la educación termina siendo una acumulación diletante de datos y saberes tecnológicos, pero que en el espacio de lo que ha sido definido como «*un crisol de razas*», para intentar constituir un proyecto de nación nunca se encuentran con un proceso de enseñanza-aprendizaje donde lo que imperen sean los valores de la ética y la moral no dogmáticas (Ingenieros, 1917), y que, por el contrario, desde España fuera reafirmado posteriormente por figuras como la de Esperanza Guisán (1992 y 1993) para su propio proyecto.

Si bien es cierto tal proyecto existió durante el período de tiempo en tuvo hegemonía lo que dio en llamarse la generación del '80, tal proyecto en medio siglo fue reemplazado -tras un golpe militar- por un proyecto dogmático católico que le dio un giro de 180 grados a la enseñanza a fin de alcanzar las propuestas reaccionarias de Primo de Rivera; las que más tarde se agudizaran durante el primer gobierno de Perón (1946-52) en que se transformó -trás una mascarada religiosa (Roitenburd, 1994) en el proyecto de la «patria peronista». En síntesis apretada, una parafernalia de proyectos que -salvo el de 1880- no tuvieron una pretensión que fuese más allá de la dimensión egoísta de sus gestores ideológicos.

LOS “MEJORES DEL MUNDO”

En cuanto hace al otro mito, es decir, la creencia asociada de que «somos los mejores del mundo» -aunque los indicadores internacionales nos ubiquen en, por ejemplo, el del «riesgo país», por debajo de Nigeria- esto lo venimos sosteniendo desde antaño, y sin ruborizarnos, en rubros tan diferentes como, por ejemplo, lo deportivo, donde hemos tenido la extraña virtud -o el común defecto- de recordar los pocos éxitos logrados en tal campo y olvidar los estruendosos fracasos. Pruebas al canto. En fútbol no podemos dejar de reconocer que hemos ganado dos campeonatos mundiales. Aunque nada decimos acerca de las flagrantes derrotas sufridas en todos los Juegos Olímpicos en esa disciplina.

Sin embargo, fueron poco menos que acusados de «traidores a la patria» los periodistas que tuvieron la honestidad de reconocer y denunciaron que el primero de tales torneos -celebrado en

medio de la sangrienta dictadura militar, durante 1978- fue logrado luego de una clasificación agónica en su primera fase y gracias a que el conjunto representativo de Perú fue sobornado para dejarse ganar por más de cinco goles de diferencia para permitir la clasificación del equipo nacional a las etapas posteriores del torneo; el que tenía como lema político de los genocidas que habían usurpado el poder, el de «los argentinos somos derechos y humanos», en una suerte de burla de mal gusto al resto del mundo que sabía muy bien los que ocurría en Argentina. Posteriormente esta información fue explícitamente reconocida por los jugadores y el cuerpo técnico peruano con posterioridad.

En este aspecto futbolístico hay mucho más para comentar, como cuando creímos que habíamos vengado la derrota militar sufrida en las Islas Malvinas -durante los tristes episodios bélicos de 1982- al ganarle a los ingleses en el torneo mundial de fútbol de 1986, en México, gracias a la «mano de dios» que acompañó a Maradona con un gol inválido.

También en torno al fútbol hay que recordar que es la Pasión por antonomasia de los argentinos. Este deporte atrae a los estadios a miles de personas ... de las cuales no todas retornan vivas a sus domicilios, ya que tenemos otro triste récord internacional: el de que pese a vallados, fosos y demás medidas de seguridad, los campos de juego suelen ser invadidos por las llamadas «barras bravas» que se toman a golpes y, además del tendal de heridos y detenidos, dejan algún muerto para el recuerdo de los dirigentes que dicen «algo hay que hacer» aunque siempre lo dejan para la próxima.

En esta misma línea de creencias surge otra cuestión interesante que es la que tiene que ver con el «machismo». No solamente creemos que nuestras mujeres son las más bellas del mundo -como si ellas fueran de nuestra propiedad al mejor estilo talibán- y que dicho criterio también es compartido por las féminas, sino que todavía estamos convencidos de que el hombre argentino es el «macho cabrío» del universo y que las mujeres del resto del planeta se enloquecen por nosotros y nuestros descomunales atributos viriles. Se podría abundar en detalles al respecto, pero valga añadir que a la belleza femenina y la virilidad masculina le sumamos la elegancia de ellas y la simpatía masculina ¡cómo si alguien pudiera creer que en esto también existe un ranking mundial!

Asimismo, también nos preciamos de tener un sentido del humor muy acabado, de forma tal que tomamos a los nacionales de otros lugares como objeto de nuestras bromas y chistes cargados de prejuicios. Son clásicos -por nombrar uno solo- los chistes de «gallegos» -para el argentino común, todos los españoles son gallegos- y permanentemente hacemos referencia a cuan torpes y poco inteligentes son. Hasta hay algunos libros escritos con chistes de gallegos, de los cuales no puedo informar al lector ya que son un disparate al cual nunca recurrí como lectura. Eso sí, pocos hemos tenido la oportunidad de constatar en Galicia la profunda transformación económica y social que se ha producido merced a la laboriosidad y «la falta de ingenio» de los gallegos. ¡Ojalá fuésemos capaces de aprender algo de ellos!

El sentido del humor es un instrumento valioso y sumamente apreciado en la sociedad contemporánea que, de esa forma, pretende superar algunas de las falencias de la llamada «sociedad tradicional», tales como la pacatería y el acartonamiento; más en nuestro caso no solamente caemos en la chabacanería, grosería y agresión a otros, sino que muy raramente tenemos la virtud de reírnos de nosotros mismos, es decir, tomar nuestros defectos como objeto del tanpreciado «humor nacional».

Con respecto a la tan renombrada «viveza criolla», es -seguramente- causa y consecuencia (MacIver, 1949); abarca desde aspectos domésticos de la vida cotidiana como puede ser -a título de ejemplificación- no respetar las reglas de tránsito vehicular, por ejemplo, cruzar semáforos en rojo, no respetar la seguridad del peatón, sobornar a la policía que pretende cobramos una infracción, estacionar en lugares prohibidos, y otros, hasta exportar a nuestros compradores en el exterior productos que no reúnen las condiciones de calidad requerida y previamente pactada e, inclusive,

vivir pidiendo perdón por la falta de pago de las acreencias contraídas con la banca internacional -a la cual directamente no se le debe solicitar perdones, sino que simplemente no debe pagársela por abusiva, usurera y buena parte de ella haber sido contraída de manera ilegítima-.

Una consecuencia gravísima de la «viveza criolla» es la falta de respeto por la palabra empeñada. Esto se produce a diario y lo aprendemos desde niños. Qué se puede esperar de los habitantes de un país en que el Estado es el primero que defrauda -no solamente en sus discursos- sino fundamentalmente los pactos establecidos con la ciudadanía respecto al cumplimiento de sus obligaciones y -a la par- la obligación que tiene -como poder de policía- de hacer cumplir los contratos por parte de los particulares que los dejan caer: evidentemente nada más que una sucesión de traiciones, mentiras y acciones delictivas que llevan a la ruptura de cualquiera sea el contrato social. Es decir, el imperio de la desconfianza respecto al otro y a los otros, lo cual redundando en que se desconfíe de cada uno de nosotros. Si pensamos solamente que durante el mes de enero de 2002 fueron rechazados -por falta de fondos- un millón de cheques, solamente queda esperar que la estafa sea la práctica consuetudinaria, pero no solamente por la acción de los particulares, sino también por la intervención de un Estado que resolvió establecer la confiscación de los depósitos bancarios en diciembre de 2001.

EL SÍNDROME FATALISTA

Lo expresado en el punto anterior nos conduce inevitablemente al síndrome fatalista -no en el sentido que le atribuyera Martín-Baró (1987)- de que somos los campeones mundiales de la corrupción y que tal condición es una suerte de séptimo círculo dantesco del cual es muy difícil escapar. Aun cuando pueda parecer inconcebible, durante la época de las «vacas gordas», en la fiesta del menemismo que vendía por monedas el patrimonio nacional y dejando para sus funcionarios pingües ganancias, los argentinos nos enorgullecíamos de cuán vivos éramos, pese a que la inmensa mayoría no participaba del festival. Hoy, que la realidad nos abofetea diariamente con los resultados catastróficos de aquella «viveza» no nos avergonzamos de haber sido lo que fuimos, sino que en todo caso nos entristece el no haber podido estar en las cercanías de la corte de aduanas para recibir al menos unas migajas en el reparto.

La culpa de los males que nos aquejan siempre son responsabilidad de otros, nunca miramos a nuestro interior para ver en que nos hemos equivocado. Es como que la introspección no existiese, nos movemos con el criterio de la «externalidad», como la definía Martín-Baró (1987). El afuera es el culpable: que el FMI, que la sinarquía internacional, que un complot empresario, que ... etc., etc. Pero la responsabilidad que nos cabe en cuanto a la veracidad o falsedad de aquellas atribuciones -normalmente equívocas- nunca son objeto de autocríticas. Y, si las hacemos, terminamos como el ejercicio autocrítico de los antiguos camaradas comunistas que finalizaban sus largas sesiones poniendo en el capitalismo, o en los EE.UU. y hasta en el judaísmo o en algún chivo expiatorio interno que era preciso «purgar» la culpabilidad de sus fracasos.

Y se podría continuar con una larga retahíla de hechos sociales que demuestran nuestra soberbia frente al resto de los mortales, en particular hacia nuestros hermanos latinoamericanos, a los cuales desde antaño los consideramos de menor calidad, ya que llevan consigo impreso el estigma (Goffman, 1970) de tener en su «sangre» y su cultura rastros de indigenismo autóctono, que son despreciados por quienes hemos tenido como referente histórico donde reflejarnos a Europa.

A LA BUSCA DE LA SOLIDARIDAD

De tal suerte, y a partir de lo expuesto hasta aquí, no resulta exagerado afirmar que no existe una cultura «argentina» sólidamente enraizada en valores altruistas, de solidaridad, justicia y fraternidad, que es la única que -sobre tales fundamentos- puede hacer crecer en todo sentido

a los pueblos. Sólo está vigente una cultura que -a título de ejemplo- tiene al «truco» como juego de naipes paradigmático de lo que somos los argentinos. Para quien no conozca tal juego, se puede sintetizar en pocas palabras: está basado en la mentira. Mentir es la clave del juego y no está penado, sino que por el contrario, el más mentiroso en los envites es el ganador de la partida. Más, la mentira ha calado tan hondo en nuestros sentimientos y pensamientos que hemos llegado al colmo de creer nosotros mismos en las mentiras que decimos a diario. Y, si a la mentira le añadimos la hipocresía como conducta habitual en las relaciones interpersonales, entonces será fácil comprender el estado en que nos encontramos tanto objetiva como psicosocialmente.

La clase media -esa clase inexistente en la tipología marxista y que no es otra cosa que la pequeña burguesía inmersa en el estado de «falsa conciencia» (Marx, 1947)- vivió alegremente un lustro de la «fiesta menemista» creyendo que pertenecíamos al Primer Mundo, ya que teníamos una moneda con valor falsamente equivalente al del dólar norteamericano; lo creímos a pie juntillas, ya que viajábamos al exterior con la billetera llena de dinero «fuerte» que nos permitía adquirir los productos extranjeros que deseáramos. No es otra mentira de un argentino, es la cruel realidad que lo creíamos y que -en un proceso psicológico renegador- no queríamos ver que con esa satisfacción egoísta de necesidades espurias (Veblen, 1899) estábamos destruyendo la economía nacional a partir del reemplazo de la producción vernácula por lo importado. Esto significó no solamente la desaparición de pequeñas y medianas empresas, que por otro lado son las que mayor número de puestos de trabajo absorben, sino un aumento sistemático de la desocupación laboral.

Pero esto ¿a quién le importaba que no fuese al directamente afectado?: a nadie. A nadie que no se diese cuenta que el Jinete Apocalíptico de la miseria y el hambre cabalgaría en algún momento por encima suyo, ya que al aumentar la desocupación consecuentemente disminuye la circulación de dinero, el Estado recauda menos y, en definitiva, toda la vida económica del país se vería afectada seriamente, al punto que en la actualidad de escribirse estas líneas se está transitando la peor crisis social y económica que recuerde la historia nacional -la crisis de comienzos de la década de los años '30 no guarda parangón alguno con la actual- y que algunos analistas están previendo posibles cambios en el escenario político -por cierto nada halagüeños, ya que circula fuertemente el rumor de una nueva intervención militar- sobre las instituciones democráticas de la República. De alguna manera, tal situación puede ser representada con las célebres palabras del dramaturgo alemán B. Brecht «*Primero fue a ... pero a mí no me importó porque yo no era. Ahora me toca a mí, pero ya es tarde*». Esto fue lo que siempre hicimos los argentinos: mirar para otro lado, sintonizar otro canal para no saber que es lo que pasaba a nuestro alrededor. Hoy es tarde, la realidad nos ha pegado una bofetada a todos, a los que nunca miraron el canal acertado y a los que creíamos lo que mirábamos.

Esta realidad y el panorama político incierto -en un país económicamente quebrado por la ausencia de crédito ante las constantes faltas de pago de las obligaciones con los acreedores- que a corto plazo oscilan entre la anarquía y el «orden» que devolverían los militares, no es azaroso. Se trata del producto esperable -en términos políticos y sociales- de la falta de cultura cívica, tanto por parte de una dirigencia política, gremial, empresaria, judicial, etc. caracterizada por la corrupción y amparada en la impunidad (Rodríguez Kauth, 1999) que le ofrece la posibilidad de dictar las leyes que los protejan; a la que se le suma la del propio pueblo llano, que nunca -hasta estos momentos- comprendió cuál era su papel protagónico en los procesos históricos que le tocaba vivir.

Desde cualquier forma que se lo enfoque, lo que se encuentra es carencia de «riqueza humana» en el sentido moral y espiritual al que me refería en párrafos anteriores, la cual solo es posible encontrarla en la vigencia de la solidaridad para con los más necesitados y en el respeto por la justicia y la legalidad en todos los órdenes de la vida, aún los de la práctica más cotidiana. Y los argentinos -quizás por eso de ser un crisol confundido y mal amalgamado de diversos grupos culturales que inmigraron hacia acá en épocas de bonanza- hace tiempo que perdimos la

solidaridad, empezando por la que debiéramos haber tenido para con nuestros hermanos hispanoamericanos. Una leyenda bien fundamentada recorre «nuestra» América -en el verbo de S. Bolívar y J. Martí- que afirma lo que señalo cuando relata que desde antaño creímos que nuestro país era la parte más occidental de Europa, en lugar de considerarnos una de las más orientales de Hispanoamérica.

Esta fue una forma de escapar al destino incierto de ser los latinoamericanos pobres poseedores de todas las «riquezas naturales» con que contábamos y a las que acrecentábamos con un gusto estético fijado por la moda que transitaba París y otras grandes urbes europeas. Hoy, en aquellas lejanas regiones, organizan festivales para enviarnos dinero, medicamentos y alimento, nada menos que a nosotros ¡los ricos del mundo!. Y es precisamente desde las tierras de donde llegó la mayor inmigración, España e Italia, en que más se preocupan sus pueblos -los Estados continúan cobrando lo que les adeudamos- por el destino de miseria paupérrima que transitamos. ¡Vaya paradoja la del destino escrito por los argentinos!

Es que ni desde adentro -como tampoco desde afuera de nuestras fronteras- se advirtió que la «riqueza natural» es igual a cero si no está acompañada de «riqueza humana» que tenga la capacidad y honestidad de hacer una explotación racional de aquellas; como así tampoco de comprometerse con una distribución justa de lo producido por la misma. Y al hacer referencia a la forma en que se hará la distribución, quiero hacer notar que es preciso reducir al máximo los márgenes de la plusvalía (Marx, 1976), a fin de facilitar la participación equitativa de la fuerza de trabajo puesta en juego (Marx, 1976) asociada con el capital, al menos mientras permanezca incólume la condición capitalista de explotación de las riquezas, tanto naturales como humanas. Es decir, que se distribuyan de idéntica manera los bienes de la riqueza producida, como así también los de la pobreza que sean el fruto de equivocadas inversiones de capital productivo.

Pero tal grandeza de espíritu es inimaginable en un país que no ha sabido consolidar su quehacer sobre la base de valores propiamente humanos, en los cuales prime el valor del hombre sobre la santificación del dios Mamón -Antigua deidad de los sirios, la cual presidía las riquezas que pareciera ser que es al que se le ha venido venerando durante el último siglo, juntamente con su compañera Juno Moneta a la que veneraban los antiguos romanos. Permítaseme aquí recordar que el término «moneda» proviene del latín y está referido al templo de la diosa Juno Moneta, junto al cual se instaló una fábrica de monedas.

EL PAPEL DE LA CULTURA CÍVICA

Hasta qué punto nuestra ausencia de cultura cívica ha llegado a tocar el fondo del pozo, que no solamente los miembros de la «clase política» (Mosca, 1984), sino también los dirigentes de toda laya y el propio pueblo de a pie hemos llegado a confundir al Partido con el Estado -al mejor estilo soviético-. De hecho, esto ha sucedido desde los comienzos de nuestra vida institucional y, que culminó en el discurso de apertura de las sesiones legislativas -el 1^º de marzo de 2002- cuando el Presidente E. Duhalde aprovechó la oportunidad que se le presentaba como Jefe de Estado para fustigar duramente a su rival en las internas partidarias, el ex Presidente Menem. Confundiendo a la forma democrática de gobierno con el republicanismo, por la cual desde antaño con Platón (1983) y Aristóteles (1984) en sus orígenes se estableció la distinción entre democracia y *politeia*, siendo ésta la forma óptima de gobierno, ya que los «decentes» gobernaban y el pueblo llano delegaba en los más «sabios» la tarea de legislar, impartir justicia y gobernar, con lo cual se sepultaba el sentido de la vida democrática. Y por último, se ha confundido a la condición de ciudadano con la ritual emisión del voto cada vez que somos convocados para ello en reemplazo de la participación activa en el control de la gestión.

Esto último es quizás lo más peligroso para la vida la República, ya que la ciudadanía ha delegado su poderío protagónico en terceros que normalmente la han traicionado. Pero como hasta

hace unos años todo marchaba sobre ruedas aceitadas, mayormente no nos preocupábamos y dejábamos hacer. Sin embargo, en los últimos tiempos los ciudadanos -y hasta los extranjeros que no gozan de tal condición. han visto lesionados desde distintos ángulos sus intereses, en especial los económicos y sociales. Por tal razón es que se han elevado las voces de protesta y se han consolidado las asambleas de base, barriales, empresariales, de trabajadores y de desocupados a la voz de un mismo grito compartido: ¡basta!, ¡que se vayan todos!

Este es un síntoma saludable para la democracia participativa y, parece ser, que al fin nos hemos dado cuenta de la estafa de los discursos políticos que prometen y luego trabajan en favor de sus intereses. La «viveza criolla» asociada al egoísmo individualista está llegando a su fin. Un original texto histórico se está redactando con el protagonismo de la «gente» en las calles.

CONCLUSIÓN

En cualquier ciencia de que se trate -tanto de las «duras» como las «blandas»- no existen conclusiones definitivas y, quien pretenda tenerlas, solamente caería en el error de creer que la ha puesto un punto final a la historia (Fukuyama, 1989). Ella se escribe día a día, a veces a pasos imperceptibles, otras a velocidades supersónicas -como está sucediendo en Argentina- pero siempre está caminando hacia algún lado. Con criterio dialéctico, no puedo dejar de tener confianza en la capacidad proteica de los seres humanos y, si los argentinos lo somos, alguna vez hemos de modificar estas pautas de conductas perversas que nos han llevado a transitar los caminos del averno, más si estamos dispuestos a realizar un supremo esfuerzo, entonces seremos capaces de «tomar al cielo por asalto» (Marx, 1953).

Este escrito no ha tenido otra intención que hacer una autocrítica, solamente si hacemos un auténtico ejercicio de crítica personal y colectiva, se podrán superar los errores cometidos y comenzar a avanzar por los caminos de la humildad y la justicia social que permitirán revertir la situación anómala que padecemos.

BIBLIOGRAFIA

- Arendt, H.: (1988) *La Condición Humana*. Barcelona, Paidós, publicado originalmente en 1958
- Aristóteles (1984) *La Política*. Madrid, Espasa-Calpe
- D'Adamo, O. y García Beaudoux, V. (1995) *El Argentino Feo*. Buenos Aires, Losada
- Falcón, M. y Rodríguez Kauth, A: (2001) «La Universidad Pública y el Poder Político en Argentina durante el Siglo XX». *Universidades*, 21.
- Festinger, L.: (1957) *A theory of cognitive dissonance*. Evanston, Row Peterson
- Fukuyama, F.: (1989) «¿El fin de la historia?». *Babel*, 14
- Goffman, E.: (1970) *Estigma*. Buenos Aires, Amorrortu, publicado originalmente en 1961
- Guisan, E.: (1992) *La Etica Mira a la Izquierda*. Madrid, Tecnos
- Guisan, E.: (1993) *Etica sin Religión*. Madrid, Alianza
- Ingenieros, J.: (1917) *Hacia una Moral sin Dogmas*. Obras Completas, Volumen 7, Buenos Aires, Mar Océano
- Kardiner, A.: (1945) *El Individuo y su Sociedad*. México, Fondo de Cultura Económica, publicado originalmente en 1939
- Lacreu, H. L.: (1960) *Costos sociales y riesgos políticos de la indiferencia geológica*. San Luis, Editorial Universitaria
- Mclver, R.: (1949) *Causación Social*. México, Fondo de Cultura Económica, publicado originalmente en 1942.
- Martin-Baro, I.: (1987) «El Latino Indolente». En M. Montero y cols. (eds.), *Psicología Política Latinoamericana*. Caracas, Panapo

- Marx, C.: (1958) *La Ideología alemana*. Montevideo, Pueblos Unidos, publicado originalmente en 1847
- Marx, C.: (1953) *La Lucha de Clases en Francia de 1848 a 1852*. Madrid, Espasa Calpe, publicado originalmente en 1852
- Marx, C.: (1976) *El Capital*. Siglo XXI, México, publicado originalmente en 1867
- Mead, M. y Metraux, R.: (1953) *The Study of Culture at Distance*. Chicago, University of Chicago Press.
- Montero, M. y cols., (1987) *Psicología Política Latinoamericana*. Caracas, Panapo
- Mosca, G.: (1984) *La clase política*. México, Fondo de Cultura Económica, publicado originalmente en 1926
- Nimmo, D. y Combs, J. E.: (1980) *Subliminal politics: myths and myth makers in America*. Addison-Wesley, Prentice Hall
- Oblitas Guadalupe, L. Y Rodríguez Kauth, A. (eds.), (1999) *Psicología Política*, México, Plaza y Valdés
- Platón (1983) *La República*. Buenos Aires, Eudeba
- Rodríguez Kauth, A.: (1997) *Lecturas y Estudios de Psicología Social Crítica*. Buenos Aires, Espacio
- Rodríguez Kauth, A.: (1999) "La Corrupción y la Impunidad, leídas desde la Psicología Política". En L. Oblitas Guadalupe y A. Rodríguez Kauth (eds.), (1999) *Psicología Política*, México, Plaza y Valdés
- Rodríguez Kauth, A.: (2001) "Inmigración: Los Miedos a la Invasión Cultural". *Nómadas, Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 3
- Rodríguez Kauth, A.: (2001b) "¿Por qué en dios?, Lectura Psicosocial de la Creencia Religiosa". *Nómadas, Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 4
- Rodríguez Kauth, A.: (2002) *Política y Sociedad en Hispanoamérica: entre la decepción y el desencanto*. Valencia, Alfons el Magnanim
- Roitenburd, S.: (1994) "Identidad nacional y legitimidad en el discurso del nacionalismo católico cordobés (1943-1955)". *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 5, 2.